

GARCÍA MARTÍNEZ, ENARA, *Los jesuitas en la Guerra civil (1936-1939)* (Universidad de Deusto, Instituto Ignacio de Loyola, Donostia-San Sebastián 2007), 430p., ISBN: 978-84-9830-091-8.

El libro que presentamos no debería pasar desapercibido en la oceánica bibliografía de la guerra, pues nos ofrece un estudio interesante por el tema que aborda y el modo de exponerlo. Existen meritorios trabajos sobre la actitud de la Iglesia durante la guerra y numerosos relatos sobre la persecución religiosa que padeció; pero no abundan las historias de carácter general sobre grupos e instituciones, como las órdenes religiosas. La historia de la Compañía de Jesús en esos años cuenta con trabajos importantes como el de Alfredo Verdoy sobre los bienes de los jesuitas durante la República, la buenas síntesis de Alfonso Álvarez Bolado sobre los últimos decenios y numerosos escritos sobre temas monográficos. Pero faltaba una exposición completa que recogiera de manera ordenada y con suficiente detalle las actividades y actitudes de los jesuitas en los tres años de la guerra. La joven investigadora donostiarra Enara García Martínez nos ofrece un libro oportuno, en el que, a manera de compendio, relata la acción de los jesuitas en los tres años de la guerra. Puede decirse que este libro llena una laguna y cumple el servicio de una buena guía para conocer el entramado de los hechos y para iniciar a los interesados en nuevas investigaciones.

La trama histórica se presenta en un esquema lógico y bien organizado en las tres partes en que se divide el tema. La primera parte sirve de contextualización general. A lo largo de unas 100 páginas se resume con acierto la actitud de la Iglesia durante la guerra civil, en España en general y en País Vasco en particular.

Sobre este ambiente histórico se encaja la segunda parte, que aborda el tema específico de la obra en unas 200 páginas. Son siete capítulos, que comienzan por un precedente que condiciona la actitud de los jesuitas en la guerra (la disolución de la Compañía e incautación de sus bienes durante la República), y concluyen con una resolución esperada (el decreto del restablecimiento de la Compañía por Franco). Entre medias sus analizan las variadas actitudes y acciones de los jesuitas en la España nacional: las reacciones al inicio de la guerra, los jesuitas víctimas en la España republicana (hubo 116 asesinados, además de los prisioneros y perseguidos), los capellanes castrenses en el frente, las actividades en la retaguardia, y la colaboración de los escritores y pensadores.

Una vez descrita la situación general de la Compañía en España, la tercera parte del libro se ocupa, a lo largo de unas 100 páginas, de los jesuitas en el País Vasco. Era necesario tratar este tema, teniendo en cuenta la actitud de los nacionalistas católicos vascos aliados con la República, cuando la Iglesia estaba sufriendo una dura persecución en esa zona. Esta realidad afectaba de manera muy sensible a algunos jesuitas vascos, que se vieron de alguna manera atrapados entre dos fidelidades. La situación de los jesuitas en el País Vasco se desarrolla en tres capítulos, que tratan el problema vasco en general, las diferentes posturas de los jesuitas vascos ante la guerra, y la depuración de los que parecían simpatizar con los nacionalistas.

Esta tercera parte matiza la impresión general que produce la segunda, y sirve para reforzar la tesis del libro, que la autora resume en sus conclusiones finales diciendo que, aunque la Compañía de Jesús no tuvo participación en la sublevación de julio de 1936,

la apoyó decididamente, y que esta actitud a favor del bando sublevado «no fue unánime pero sí mayoritaria entre los jesuitas» (p.399). En el País Vasco fue donde principalmente se dio esa falta de unanimidad, que se manifestó en diferentes posturas ante la guerra, que la autora ejemplifica en cuatro jesuitas: el P. Remigio Vilarriño, defensor ardiente del levantamiento nacional; el P. Ignacio Errandonea, con sus dos homilías sobre el perdón a los enemigos, muy valientes en aquellas circunstancias; el P. Alfonso María Moreno, que escribió duras críticas a las represalias de los nacionales en el *Diario* que redactó cuando asistía a los condenados a muerte en Vitoria, y el P. Ramón Arsuaga, defensor de los nacionalistas vascos en la prensa, y único representante de esta actitud de oposición pública a la política del Movimiento Nacional.

En esta última línea de oposición o de falta de entusiasmo hacia los vencedores hay que situar al grupo de los jesuitas simpatizantes con el nacionalismo vasco. Es un grupo difuso y difícil de cuantificar. La autora nos da los nombres de los más destacados. Todos cayeron en las sospechas y represiones que afectaron al clero vasco, aunque los jesuitas las padecieron de manera más mitigada. Ninguno de ellos fue condenado a muerte, y los encarcelados fueron muy pocos y por poco tiempo. En cambio fueron bastantes los «exiliados», si se pueden llamar así los destinados por los superiores a misiones extranjeras, especialmente a Centroamérica y Venezuela. Tal vez resulte excesivo calificar esos destinos como «persecución» (p.384). Más apropiado resultaría calificarlos como «depuración» (p.377), que en todo caso quedaba coloreada con el ejercicio de un ministerio tan normal en la vocación del jesuita como el destino a las misiones extranjeras. Hay que tener en cuenta (a la hora de cuantificar y calificar aquellos destinos a América y China) que los enviados a aquellas tierras en aquellos años no eran sólo vascos, ni, dentro de éstos, eran todos sospechosos de nacionalismo.

La documentación fundamental del libro se ha tomado de fuentes impresas. Se han consultado las más importantes, y se ha sacado un excelente partido a las revistas *Razón y Fe* y *Mensajero*. Entre las crónicas y relatos de la época se han utilizado con acierto la preciosa y rara crónica *La Compañía de Jesús en España 1931-1938*, y los relatos de capellanes (Huidobro, Caballero), prisioneros (Herrera Oria) o testigos que publicaron memorias (Basauri), a los que se añaden los testimonios sobre la guerra en Euzkadi recopilados por Barandiarán. La fuente más original es el *Diario* manuscrito del P. Moreno que se conserva en el Archivo Histórico de Loyola. Estos y otros escritos coetáneos se completan con el buen uso de una amplia y selecta bibliografía (p.411-429). Puede decirse que la documentación utilizada es muy satisfactoria, aunque no exhaustiva. Las fuentes impresas consultadas han permitido una información amplia y segura, para la reconstrucción de los sucesos. Pero el tema queda abierto y merece ser completado con otras fuentes manuscritas e inéditas (cartas y relatos autobiográficos principalmente).

El libro nos proporciona una gran cantidad de noticias hasta ahora poco conocidas. La aportación más novedosa es la que se ocupada de los jesuitas vascos, como se ha indicado. Otras aportaciones destacables del libro son las siguientes: el apoyo del P. General Ledóchowski a la causa nacional; la diversidad de matices en los jesuitas que cuentan la persecución (los PP. Thió y Batllori se apartan de los apasionamientos habituales); y los apoyos literarios, en libros y artículos, a la justificación del alzamiento como cruzada (el P. Bayle se distinguió de manera especial en esta empresa).

Merece destacarse también la atención que se presta al restablecimiento de la Compañía por el decreto de Franco (3 de mayo de 1938), que tuvo su precedente en el que dio la Diputación Foral de Navarra (27 de julio de 1936). Influyeron en el restablecimiento el interés del Ministro de Justicia, Conde de Rodezno, y las presiones del Vaticano.

El libro está redactado en un estilo claro y en un esquema ordenado que facilitan la agradable lectura. Las abundantes citas textuales, expresivas y bien seleccionadas, ayudan a comprender las acciones y las ideas de los que vivieron en tiempos de guerra. Han pasado más de setenta años desde la guerra civil, cuya memoria histórica no debería reproducir actitudes partidistas, sino estimular reflexiones aleccionadoras. Por eso nos complace felicitar a la autora por este libro denso y enjundioso, ceñido a los hechos históricos, con deseo de contar la verdad de manera objetiva.—M. REVUELTA GONZÁLEZ.

BURRIEZA SÁNCHEZ, JAVIER, *Virgen de San Lorenzo, patrona de la ciudad* (Ayuntamiento de Valladolid, 2007), 289p., ISBN: 978-84-96864-11-5.

ÍD., *Virgen de los ingleses, entre Cádiz y Valladolid. Una devoción desde las guerras de religión* (Ayuntamiento de Valladolid, Ayuntamiento de Cádiz, 2008), 374p., ISBN: 978-84-612-8114-5.

Javier Burrieza, gran especialista en la historia cultural y religiosa, nos ofrece dos obras modélicas en estos dos libros, espléndidos por su presentación y por su contenido. En los dos libros hay caracteres comunes que los enriquecen. En ambos se relata la devoción mariana a través de dos imágenes de gran devoción en Valladolid; y se detalla el desarrollo de aquella devoción en sus etapas históricas, sus plasmaciones artísticas, sus contextos ideológicos, sociales y religiosos. El autor aborda con acierto el tema de la devoción popular, manteniendo un perfecto equilibrio entre la documentación y la interpretación. La documentación se basa en el conocimiento de las fuentes existentes y de la bibliografía de todos autores que se han referido directa o indirectamente al tema, desde los escritores barrocos (Juan de Villafañe, Manuel Cane-si, Diego de Guzmán, Luis de la Puente, Gregorio de Mendiola, Antonio de Ortiz, etc.) hasta los eruditos del XIX y los autores de las últimas monografías. La interpretación es siempre atinada, pues junto a un sano criticismo sobre la historicidad de lo maravilloso, se interpretan correctamente los elementos religiosos que formaban parte esencial en el ideario y comportamiento de las sociedades sacralizadas. Ese respeto en la distancia a las tradiciones religiosas del pueblo es indispensable para captar y comprender las ilusiones y entusiasmos de las devociones populares. La galanura del estilo, y la cuidada selección y reproducción de los grabados y fotografías convierten a estos libros en modelos de historia cultural y artística.

La *Virgen de San Lorenzo* recibió culto en la Edad Media, desde que Valladolid empezó a destacarse como centro administrativo y comercial. El capítulo primero,